

Ildefonso todo lo noble de la ciudad y pueblo, agradecido al grande beneficio que recibió de su santo Prelado y pastor, criándose aquí la ilustre juventud angelopolitana en aventajadas letras y virtud, y aunque esta grande obra y de tan esclarecido servicio de Dios ha padecido la tempestad y turbación que adelante se escribirá, pero como tuvo tan buenos fundamentos de amor de Dios y de los prójimos, los enemigos no la podían derribar.

CAPITULO XIX.

ESCRÍBENSE LAS EXCELENTES VIRTUDES
DEL ILMO. PRELADO D. ALONSO DE LA MOTA Y ESCOBAR,
OBISPO DE TLAXCALA,
EN LA CIUDAD Y OBISPADO DE LOS ANGELES.

Además de la obligación que tiene esta historia de hacer agradecida memoria de un tan ilustre, y de todas partes insigne fundador de uno de los principales Colegios que tiene la Compañía de Jesús en esta Provincia de la Nueva España, cual fué el Sr. D. Alonso de la Mota y Escobar, también sus muy señaladas virtudes nos ponen en obligación de dejarlas aquí escritas para edificación y ejemplo de otros excelentes Prelados que las quisieren imitar, y lo que escribiré de este esclarecido varón, parte será de lo que yo experimenté porque lo comuniqué no pocas veces, y otros Padres graves de nuestra Compañía; y parte será valiéndome de lo que de él escribe (en su teatro eclesiástico de las Indias) el cronista mayor Gil González Dávila, que como quien vió y leyó muchos papeles de las secretarías, de ellas pudo tener ciertas noticias de la estimación que se hizo en el Real Consejo, de talentos y virtudes con que resplandeció el admirable Prelado D. Alonso de la Mota y Escobar, de quien dice estas palabras el dicho cronista real: «fué varón de maravilloso ejemplo, y tan atento en seguir los pasos de la virtud, que su memoria en el mundo de la Nueva España se venera como de Obispo apostólico. Nació de nobles padres en la ciudad de México, crióse en los estudios de la Universidad de Alcalá y en ellos salió muy aprovechado, en particular en el de la escritura sagrada, que es ciencia y sabiduría propia de los Obispos de la santa Iglesia. Antes de ser Obispo fué Dean de las santas Iglesias de Michoacán, Tlaxcala y México. Después la Majestad del Rey Felipe II, informado (como lo solía hacer este prudentísimo Rey) de la vida y letras de D. Alonso de la Mota, le presentó para el Obispado de Guadalajara que entonces no estaba dividido del de Guadiana como hoy está,» y son muy de notar las palabras que el mismo cronista dice que escribió el Rey á la Santidad de Clemente VIII, cuando presentó á D. Alonso para este Obispado, que son estas: «tengo mucha satisfacción de su vida, ejemplo y letras y servicios particulares que ha hecho á las Iglesias donde ha residido y servido.» Palabras que escritas de un tan grande y prudente Monarca al que es supremo en la Iglesia de Dios, no acreditan poco la virtud y talentos de nuestro in-

signe fundador, y yo de propósito las escribo aquí previniendo desde este lugar la calificación de tan insigne Prelado y á cuyas disposiciones otro sucesor suyo se opuso, moviendo la persecución que presto se dirá, así contra la Compañía como muy en particular contra el Colegio de San Ildefonso, que el Ilmo. D. Alonso de la Mota fundó. Siendo Obispo de Guadalajara fué promovido para el Obispado de la ciudad de los Angeles el año de 1606, el cual gobernó hasta el de 1625, y esto con grande prudencia, vigilancia y cura pastoral. Viniendo á tratar en particular de las virtudes de tan señalado Prelado, la primera y muy propia de Obispos (que son los padres de los pobres) es la de la limosna, en que se esmeró y fué ejemplo de caridad tan grande, que apenas se puede hacer suma de lo que les repartió en vida y muerte; y pruébase esto, porque habiendo gozado casi 20 años de una renta tan pingüe cual es la del Obispado de los Angeles, que en aquel tiempo era de \$50,000, y hoy lo es de más de \$60,000, la mayor parte de esta renta se gastó en limosnas y obras pías, tomando para sí y para el sustento de la autoridad de su mitra, persona y familia, lo moderado no más. Un mayordomo suyo de mucha virtud y ejemplo, dió por escrito estas palabras: al Sr. Obispo D. Alonso de la Mota le valió más de novecientos mil ducados el Obispado, sin más de treinta mil que trajo de su patrimonio, y todo lo dió de limosnas y gastó en obras pías, y sólo gastaba nueve mil en su casa y familia en consagraciones de Obispos y otros expedientes que se le ofrecían. Dotó á muchas religiosas que entraron en conventos; cada mes y cada semana tenía señaladas cuantiosas limosnas á gente honrada vergonzante; la que hacía á los indios era extremada durante todo el año; y los años caros puerta franca en su casa, y en el patio montones de maíz y carne que les repartía. Muchos domingos por la tarde visitaba los pobres del hospital, y quería que se hallase allí el médico para que le diese razón de todo; consolábalos disponiendo que se les acudiese con todo regalo. Y él quiso morir tan pobre, que antes de espirar repartió todas cuantas alhajas le quedaban en su casa, hasta las de la cama en que murió, y habiendo dado de limosna un pabellón que le servía de cubierta en la cama, se lo pidió prestado, y como de limosna á quien se lo había mandado, hasta que acabase de espirar, desnudándose de todas las cosas de la tierra para entrar en el cielo; pero la obra en que mostró la grandeza de su liberal caridad, fué la de la fundación de su Colegio de San Ildefonso que donó á la Compañía de Jesús, empleando en ella todo lo mejor que poseía de bienes temporales, sin que le divirtiese el afecto de carne y sangre, ofreciéndolos á Dios con grande voluntad.

Otra virtud resplandeció en este grande Prelado en que singularmente se señaló: ésta fué una tiernísima devoción con la soberana Reina de los ángeles y Madre de Dios, y muy en particular con el misterio de su Purísima Concepción, y á esta festividad tuvo tan cordial afecto, que la dejó dotada con renta para que se celebrase con singular aparato y solemnidad en su Iglesia Catedral, y añadió dos cosas muy particulares á ésta su muy devota fiesta, que por ventura no se hallarán en otra alguna Iglesia; la una haber dedicado para ella una imagen de la Virgen toda de plata, de vara y media de alto, con su peana también de plata, cerco de rayos de plata sobredorados de notable hermosura y primor, cuya sola hechura de manos se apreció en

cinco mil pesos, y esta tan preciosa imagen dejó ordenado que solamente se sacase en procesión en las festividades de la Concepción y gloriosa Asunción de la Madre de Dios y Virgen. La segunda cosa que ordenó y dispuso su singular devoción á esta Señora, fué dotar la fiesta de su Purísima Concepción con diez mil pesos de principal, para que con sus réditos, los Prebendados de su Iglesia la celebrasen con semejante solemnidad con que la Natividad de Cristo Nuestro Señor se celebra, porque además de las vísperas solemnes, se cantan los maitines de la Purísima Concepción á las diez de la noche con el concurso de toda la ciudad á la Catedral, con grande variedad de música, cancioncillas, instrumentos y alegría y regocijo del pueblo. Y no paró aquí la singular devoción con la Virgen Santísima de este insigne Prelado, porque también dejó dotadas en su Catedral las Salves de los sábados de Cuaresma, cantadas con grande solemnidad, á que se sigue sermón de alabanzas y asuntos que muevan á devoción de la Virgen, para lo cual se busca el predicador de más opinión y fama que se halla; así lo dejó ordenado el muy devoto Prelado, dejando para todo renta suficiente, y procurando siempre imitar al santísimo Prelado de su nombre San Ildefonso en honra á la soberana Virgen, y finalmente, hizo decreto con asistencia de su nobilísimo Cabildo, que ninguno fuere admitido á esta santa Iglesia, si no fuere prometiendo y jurando defender la Concepción Inmaculada de la Virgen. No menos solícito fué en el cuidado pastoral y gobierno de su Iglesia; predicaba todos los primeros domingos de Cuaresma á su pueblo con grande magisterio, siendo guía y Maestro de los demás predicadores que después se seguían. Algunas veces predicaba en su lengua mexicana muy elegante á los indios, sus hijos párvulos, cuidando de ellos con particular atención, y como ellos sabían que les entendía su lengua y que no tenían necesidad de intérprete, llegaban á hablarle con grande confianza. Siendo Obispo de Guadalajara, en cuyo distrito en aquel tiempo caían las Misiones de las nuevas naciones convertidas, y entrando á visitar este vigilantísimo Prelado, como escribimos en el tomo de los Triunfos de la Fe, los fines más remotos de su Obispado, doscientas leguas distantes de Guadalajara, sucedió el alzamiento de los indios Acaxees; y en este camino estuvo á peligro de ser muerto él y los de su compañía; pero él, con espíritu y amor de Padre, los envió á convidar con la paz, y que asentasen en sus pueblos é Iglesias, y en señal y prenda de que se les cumpliría, les envió su Mitra y anillo de su dignidad Pontificia que ellos recibieron con grande agrado, y no dejó de ayudar esta diligencia para que los indios, finalmente, hiciesen asiento en sus pueblos. Y en esta ocasión, hizo grande concepto este Prelado de los ministerios y trabajos que padecían los de la Compañía, en la conversión de estas gentes; y algunos pueblos de su feligresía de que antes cuidaban elérigos, los aplicó á los Padres de la Compañía, rogándoles se encargasen de ellos por estar cercanos á nuestras Misiones.

Visitó su Obispado con trece visitas generales que hizo de mar á mar, confirmó en ellas sin las confirmaciones que hizo en la ciudad y su comarca, más de doscientas mil personas, como constó de las memorias que de ellas se hicieron. A estas visitas (como era por tierras de indios) llevaba dinero, ruan, frazadas y paño, y conservas y otras cosas semejantes para ir repartiendo á los pobres y enfermos, y en aca-

bándose enviaba por más de estos géneros. No recibía ni un pollo en estas visitas, el gasto se hacía á su costa y mandaba pagar lo que le ofrecían y la cera dejaba á las Iglesias, llevaba poca gente y esa la forzosa, por excusar cuidado y gasto á sus pueblos. Y fué, finalmente, tan desinteresado, que su Audiencia y despachos no le valía un real, ni lo quería ni admitía para sí.

De la prudencia, atención y justificación del gobierno de este grande Prelado se pudiera hacer larga historia. El buen respeto y estimación con sus Capitulares fué grande, encargándoles y procurando la unión y concordia, y dándoles gusto en cuanto era justo. A las sagradas religiones honró siempre con amor y respeto, á los clérigos tenía en las niñas de sus ojos, y más si los veía virtuosos. Solían preguntarle: Señor, dónde tiene vuestra Señoría la cárcel? (porque no la tenía) y respondía: mi oratorio lo es. Y era verdad, porque si había algo contra algún eclesiástico allí lo llamaba, y enterado de la verdad lo corregía y enmendaba con entrañas de Padre, la honra de un eclesiástico valía mucho y era de mucha estimación. Y si la causa era por deuda que no podía pagar, él de sus rentas la mandaba pagar. Los conventos de sus religiosas gobernó con modo apacible y gravedad paterna, procurando el consuelo de todas y acudiéndolas en sus necesidades, honrándolas y socorriéndolas.

Voz pública era en la ciudad de los Angeles que de este su insigne Prelado no se hallaba quien pudiese decir con verdad: esto me pidió el Obispo D. Alonso de la Mota, en esto me agravió ó me afigió, esto me tomó, en esto se vengó. No gustaba de fingimiento, ni dobleces, ni estos valían con él, tan amigo de la verdad y buen trato, que decía: que no era hombre de bien el que en ella faltase una sola vez. Dictámenes prudenciales, finalmente, fueron tan prudentes, atentas y cristianas las acciones de este príncipe de la Iglesia, que los Virreyes de este Reino lo buscaban y pretendían para el buen acierto de su gobierno, y uno que no quiso seguir su acertado consejo, experimentó el grave daño é inquietud que en el Reino se siguió. De todos fueron alabadas y celebradas las señaladas virtudes de este insigne varón: su caridad, cristiandad, pureza de vida, su paz, sabiduría, doctrina, prudencia, ejemplar gobierno, gravedad, junta con apacibilidad, con lo uno componía y con lo otro aficionaba: vigilantísimo en el culto divino y á todas esas virtudes coronaba con estas proposiciones que él solía decir: «Gobiernos de novedades son perjudiciales. Quien no sabe perdonar y sufrir, no sabrá gobernar ni vivir; gobierno con amor y suavidad es provechoso, y lo contrario odioso; Obispo vengativo enterrarlo vivo; de Obispo con codicia no está segura la justicia; del ambicioso y vano ni mirarlo.» Conforme á estos prudentísimos dictámenes gobernó este insigne Prelado. La singular devoción con la Santísima Virgen siempre tuvo estampada en su corazón y en señal de ella, la principal Imagen de talla que en el templo de su Colegio está colocada es de San Ildefonso su patrón, teniendo y sustentando en sus brazos otra Imagen más pequeña de la Santísima Virgen Madre de Dios, con su Hijo en los brazos. Porque así como el devotísimo capellán de la Virgen, San Ildefonso, resplandeció singularmente en el celo de la honra y devoción de esa Señora, así el Ilustrísimo Prelado D. Alonso de la Mota y Escobar le imitó no sólo en el nombre, sino en esa misma devoción. De todo lo cual, sacamos que ha sido

la buena dicha de la Compañía de Jesús el haber tenido por fundador de tan ilustre Colegio á un Prelado tan insigne, tan prudente, tan docto y tan señalado en todo género de virtud. Y por haber sido su muerte no menos santa que su vida y haber concurrido en ella raras circunstancias, son dignas de que en el capítulo siguiente hagamos de ellas mención particular.

CAPITULO XX.

ESCRÍBESE LA EJEMPLAR MUERTE

DEL ILMO. SR. D. ALONSO DE LA MOTA Y ESCOBAR,
OBISPO DE LA CIUDAD DE LOS ANGELES Y FUNDADOR DEL COLEGIO
DE SAN ILDEFONSO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Calificación fué que hizo más dichosa la muerte de este gran Prelado que se la ocasionase la solicitud en cumplir con las obligaciones santas de su oficio pastoral. Porque aunque había hecho tantas visitas como las que quedan dichas á su Obispado; mas haciendo escrúpulo de que hacía mucho tiempo que no visitaba lo más distante de él, y aunque parecía le excusaban sus flacas fuerzas y adelantada edad que era ya de 79 años, se puso en camino, y á pocas jornadas, viendo su flaqueza y ruegos de los suyos, porque no hiciese falta á su Iglesia tal Prelado, le obligaron á dar la vuelta á su casa, donde se le fueron debilitando las fuerzas, de suerte que los médicos, finalmente, determinaron que su Señoría recibiese por Viático el Santísimo Sacramento. Para recibir á tal huésped y mostrar la alegría con que lo recibía, hizo aderezar con el más rico ornato que se pudo su sala y mandó que doce criados y oficiales suyos acompañasen al Señor con doce hachas de cera blanca. Cuando entendió la ciudad por la señal que hizo la Catedral, que se le llevaba el Viático á su querido Prelado, fué tanto el concurso de gente de todos estados que venía así á la Iglesia Catedral como á las casas del Obispo, que se vieron obligados los Prebendados á señalar dos de ellos para que tomasen la entrada de la calle y puertas de las casas episcopales, y las despejasen de tan numeroso concurso como el que se juntaba, para que pudiesen entrar los Prebendados que llevaban el Santísimo Sacramento y los religiosos que también concurrían. Y aún no bastaba esta diligencia, porque fué menester que el Alcalde mayor D. Luis de Córdoba, que aquí se hallaba, encargase á su alguacil mayor el mismo oficio. El señor Obispo había ordenado que la capilla de cantores se adelantase y viniese á su casa, y en llegando les mandó se pusiesen al lado de su cama y apenas sintió que se acercaba á su sala el Señor Sacramentado que le venía á visitar, cuando él mismo, aunque estaba tan debilitado y flaco, con la alegría y agradecimiento de visita de tan soberano huésped, comenzó á entonar el himno *Tantum ergo Sacramentum*, el cual prosiguió la capilla en canto de órgano, y dichos los versos, también quiso cantar la oración *Deus qui nobis sub Sacramento mirabili*, etc. Habiendo puesto el Dean la custodia del Santísimo Sacramento sobre

el altar que allí estaba ricamente aderezado, pidió el muy devoto Prelado una grande fuente de plata sobredorada (en la cual había sido bautizado como hijo de tan nobles y ricos padres). En ella venían algunos papeles, y uno de ellos era de la protestación de la fe, que como tan prevenido tenía escrita y firmada de su mano, y pidiendo sus anteojos la leyó con un fervor de ánimo que causaba admiración, hacía pausa en cada uno de los grandes misterios de nuestra santa fe, enseñando la firmeza con que se habían de creer y defender, y mostrando la viva fe con que moría, enterneciendo á todos con su fervorosa devoción, luego tendiendo los ojos á su querido rebaño que presente tenía y no olvidándose de su oficio pastoral de dar á sus ovejas el pasto de su doctrina, aunque estaba tan debilitado hizo una doctísima y cristianísima plática, tomando por asunto lo que vale una buena vida para una buena muerte. Luego tomó en su mano otros papeles que venían en la fuente, diciendo: «á todos hago testigos que éste es mi testamento escrito por mi mano, y con mi cuidado y trabajo, y es mi voluntad que en todo y por todo se cumpla.» Cuanto había en él eran obras pías y de caridad, y después tomando el libro que en la fuente tenía, dijo: «éste está también escrito de mi mano y en él se hallarán las capellanías que he dado y beneficios de que he hecho colación, deudas que debo, con que daré luz para lo que mis albaceas deben hacer, y doy gracias á Dios de que á los ojos de mis hijos, de mis amigos y compañeros, tengo tan feliz día.» Acabada esta plática que oyeron los presentes derramando ríos de lágrimas, vuelto á su Dean y pidiendo el sagrado Viático, le dijo: ea, señor Dean, deme vuestra merced lo que tanto mi alma desea. Llevóle primero la cruz que estaba sobre la custodia para que la adorase, la cual, tomándola con sus manos y poniéndola sobre sus ojos y labios, la adoró con notable veneración, llevándole después el vaso del Santísimo Sacramento para que su Señoría lo recibiera. Fué tanto el sentimiento, sollozos y lágrimas del Dean, que el mismo devotísimo Prelado hubo de sacar una forma del vaso sagrado, y poniéndola en una patena que tomó en su mano, y elevando el soberano Sacramento é hiriéndose en los pechos y diciendo: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum*, dijo y qué pecho el mío, lleno de inmundicia para recibir á tal Señor, y habiéndolo repetido tres veces, él mismo se comulgó. Y extendiendo juntas las manos en reconocimiento de tan soberano beneficio, dijo en voz que oyeran los presentes: «Gracias te doy, verdadero Señor mío, por tan alto beneficio, que habiéndome criado del limo de la tierra, he merecido sobre tantas mercedes de dignidades y beneficios temporales y espirituales hospedar en mi alma al Señor del cielo y tierra, y unirse con su criatura con tales muestras de misericordia y bondad.» Y vuelto á sus Prebendados les dijo: «os intimo aquellas palabras que Cristo Nuestro Señor la noche que instituyó el soberano sacramento les encargó á sus amados Apóstoles: *Haec mando vobis ut pacem habeatis ad invicem*,» y que esta paz, concordia y conformidad antigua, permaneciese siempre y la procurasen guardar, y tuvo razón el santo Prelado de llamar antigua esa conformidad, porque en casi 20 años que gobernó esta su Iglesia, con su muy grande prudencia y cuidado la conservó. Y habiendo dicho esto añadió: «y para que la bendición caiga sobre los que la tuvieren, y al contrario, contra los que la pretendieren interrumpir, ayúdenme á cantar la bendición,» entonando él mismo con

lindo tono: *Sit nomen Domini benedictum*, hasta que la acabó. Los Prebendados postrados por tierra y con notables lágrimas recibieron esta bendición tan amorosa de su Padre y pastor, el cual llamó luego á su venerable Dean, y abrazándolo, con afectuosas palabras y una boca de risa (aunque el Dean se deshacía en lágrimas) se despidió de él: de la misma manera fué llamando á todas las Dignidades y demás Prebendados por su antigüedad, y á todos los iba abrazando con palabras de singular amor, y mientras más duraba el discurso de esta acción, los dejaba más admirados y atónitos de ver su aliento mayor. No contento con haber hecho esta singular demostración de Padre con sus Prebendados, la quiso también ejercitar con el Alcalde mayor que estaba allí presente y era D. Luis de Córdoba, caballero muy principal del hábito de Santiago; llegóse y echóle los brazos, y le habló y dió documentos de padre á hijo, los cuales él recibió con tan tierno sentimiento y lágrimas, que no le dieron lugar de hablar palabra, y finalmente, llegaron á besar la mano y recibir la bendición de su Prelado los capellanes, cantores, clérigos y seglares que se hallaron presentes, sin mostrar enfado ni cansancio en hablarlos y bendecirlos como Padre. Y todos salían de allí derramando lágrimas y espantados de haber visto acción tan admirable, que les parecía jamás haberse visto. Al tomar la custodia el Dean para volver á la Catedral el Señor Sacramentado, entonó el mismo Prelado el himno: *Te Deum laudamus*, y prosiguiendo la capilla de cantores volvió á la Iglesia Catedral. Esto pasó día del glorioso San Ildefonso, á quien dejaba por patrón titular del Colegio que fundaba en la ciudad de los Angeles, y luego el día siguiente, que fué á los 24 de Enero del año de 1625, quiso que los de la Compañía tomasen la posesión de la Iglesia y casa que les dejaba, y de lo demás que á su fundación pertenecía. Después de esto mejoró por algunos días, en los cuales hizo nuevas mandas á su querido Colegio y otras limosnas á pobres, de suerte que antes de morir quiso conforme al consejo de Cristo repartir todos sus bienes á los pobres hasta los colchones y cama en que estaba y pabellón, que habiéndolo donado como dijimos, lo pidió prestado para los días de vida que le quedaban.

En la ciudad se hacían muchas rogativas por la vida de su Pastor y Prelado, la cual fué Nuestro Señor servido de alargársela hasta ya entrado el mes de Marzo, que sintiendo se le acercaba su muerte, día de Santo Tomás de Aquino, hizo se preparase un altar y se previniesen algodones para recibir la Extremaunción; y quiso recibirla ese día, asistiendo sus Prebendados y el Padre Rector de nuestra Compañía y otro algún concurso de gente; y aunque era el Dean el que le administraba este Sacramento, el Prelado que lo recibía con notable devoción dijo con los presentes los versos y oración y salmos penitenciales, ayudando á todo con voz muy inteligible, y habiendo acabado de recibir con mucho gusto este último sacramento, dado gracias á Dios por tan singulares beneficios, habló de nuevo con sus Prebendados y les encargó las ceremonias de su entierro, tratando con gran serenidad de ánimo de su muerte, y añadió: «ya se me ha notificado la sentencia definitiva para aparecer en el tribunal de la verdad, rueguen á Dios por lo que á todos he amado que me reciba benignamente.» Después de esto, aunque miraba ya tan cerca su muerte, pero eso era con tan grande serenidad de ánimo y entereza de sus

sentidos y potencias, que desde su cama dispuso todo lo que conforme al ceremonial romano se había de guardar en su entierro. Era muy atento el insigne Prelado en la observancia de las ceremonias santas de la Iglesia y ceremonial romano; hizo prevenir el bálsamo con que se manda en él que sean embalsamados los cuerpos de los Obispos, y los cuchillos é instrumentos con que habían de abrir el cuerpo, y encargando mucho se hiciese esto por un costado, por mayor decencia de la honestidad; hizo derribar una pared traviesa, que dividía la recámara donde estaba enfermo, de otra pieza y sala exterior, para dar mayor capacidad y espacio al desahogo donde había de estar su cuerpo difunto los tres días que estuvo para que el pueblo éntre y le besase la mano; y desde su misma cama estaba dando él orden y forma cómo se habían de disponer los altares, en que se habían de celebrar las Misas aquellos tres días antes de enterrarlo, y el tablado donde se había de poner; hizo colgar en las paredes y antepuertas los lutos para tener á la vista los despertadores y recuerdos de su vecina muerte, adonde caminaba con tanto ánimo y determinación, que no quería que le tratasen como á vivo, sino como á quien ya estaba en término de dar cuenta á Dios de su vida. A instancia suya, algunos días antes que muriese le cantaban el oficio de difuntos con Misa solemne por su alma, y otras muchas rezadas en la sala y altares que había mandado aderezar. Demostraciones todas que tenían á sus ovejas tan admiradas, como tiernas y llorosas, siendo grande el concurso de gente de que estaba lleno su palacio, á ver y venerar varón en la fortaleza tan sin igual, lloraban á gritos los pobres, de ver que les faltaba el que era amorosísimo y universal Padre de todos. Porque se extendió su caridad á mandar que á ninguno se le prohibiese la entrada hasta el camarín donde estaba enfermo, por no negar á sus hijos el consuelo de ver y besar la mano á su Padre y Pastor, y recibir de él su última bendición. Esta daba á todos con mucho amor y benevolencia, sin mostrar fatiga de la frecuencia, y pidiéndoles por paga la ayuda de sufragios y oraciones, y animándolos á confiar en Dios, que era el verdadero Padre de pobres que confían en él.

Fatigábase en este tiempo más que su enfermedad, la dilación de un último despacho que se esperaba de México, acerca del asiento que se hacía con la Real Universidad, de que valiesen á los estudiantes de su querido Colegio de San Ildefonso los cursos para ser admitidos á los grados de las facultades mayores, intento que como patrón por el Rey de la Universidad, favoreció el Virrey. Tardábase este despacho que había encargado el señor Obispo al doctísimo varón P. Guillermo de los Ríos, confesor del Virrey, de quien su Señoría hacía grande estimación. Enviaba por instantes á los criados y pajes á saber si había llegado, y quiso Dios consolarle en que viese cumplido su piadoso deseo en esta ocasión, porque llegó el dicho Padre, y con las espuelas calzadas, por no dilatarle la buena nueva al que con tanto gusto había fundado su amado Colegio para tanto servicio de Dios, subió arriba, y al entrar por la puerta de la recámara, antes de saludarle el Padre, le preguntó si se había conseguido su intento, y respondiéndole que todo venía como su Ilustrísima lo había pedido, lo recibió con los brazos abiertos, y le tuvo entre ellos muy gran rato con mucha ternura de los dos; los presentes derramaban muchas lágrimas, y no acababan de alabar y admirar ver en aquel príncipe más

cuidadoso del bien ajeno que de su propia vida y salud, y dando gracias á Dios, dijo que moría ya con todo consuelo viendo logrado su deseo y puesto en ejecución.

Pedía á los nuestros que le asistían, rogasen á Nuestro Señor le diese luz para acertar en esta entrada, y que en ella le mirase Cristo Nuestro Señor con rostro benigno y apacible, trayendo aquello del salmo: *De vultu tuo iudicium meum prodeat*. Y para disponerse á esto, se quedaba muchas veces solo, gastando grandes ratos en prevenirse con oración y meditación; algunas tardes hacía llamar la capilla, y le mandaba que en la antesala, en ocasión que se quedaba solo, le cantase, ya las lecciones de los difuntos, ya el salmo: *Miserere mei*, y acabadas, le dijese un responso con la oración: *pro episcopo defuncto*, cosa que á los de su casa y de fuera, era de grande ejemplo y admiración. Y con estas tan cuidadosas prevenciones, dejó enseñado este grande Prelado de cuánta importancia sea la memoria de la muerte en vida, para morir bien.

Llegó el día que se contaban 15 de Mayo, en que se hallaba ya con grande flaqueza, y llegada la noche y asistiéndole los de la Compañía, que no cesaban de encomendarle el alma á Dios, sabiendo que el P. Andrés de Valencia, que era uno de los que le asistían allí, y con quien en vida había tenido grande amistad, el día siguiente había de predicar, le dijo: P. Valencia, váyase á descansar, y lo mismo dijo á los demás, que se retiraron al oratorio. Pero á poco rato, sintiendo que se le llegaba su fin, dijo: llamen á los religiosos y dénme el Cristo y candelá de bien morir. Acudieron con grande prisa nuestros religiosos, y mirándolos á todos, dijo: ea, Padres, ayúdenme, *Consummatum est*. Luego en voz alta, mirando al Cristo devotísimo que tenía en su mano, dijo: *in manus tuas Domine commendo spiritum meum. In te Domine speravi, non confundar in aeternum*; empezó el Padre Rector de la Compañía con los presentes, á decir la recomendación del alma y acabada de rezar, dijo: *Maria mater gratiae, mater misericordiae, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe*, y con el sentimiento, apenas podía hablar ni pasar adelante, pero el santo Prelado iba encañando los versos, de suerte, que á todos causaba admiración. Finalmente, teniendo los ojos clavados en el Cristo y sin movimiento, dió su espíritu al Señor y quedó con un semblante tan vivo, que buen rato se dudó si el alma había desamparado al cuerpo y pasado á la vida, para la cual con tan singulares diligencias se preparó; muriendo de 79 años de edad, varón verdaderamente de tan grandes talentos de gobierno, piedad y prudencia, que además de los testimonios que en el capítulo pasado escribimos, del cronista mayor de las Indias, confirma lo dicho con las palabras siguientes: «fué tan grande la opinión que tuvo (el Obispo D. Alonso de la Mota y Escobar), que en toda la Nueva España se tenía por asentado, que si la Santidad del Sumo Pontífice honrara á las Indias con los honores de capelo de Cardenal, esta gracia había de ser para el Obispo de la Puebla de los Angeles;» hasta aquí el real cronista, que tuvo razón de publicar este honorífico testimonio, de cuya verdad y fundamento para haberlo escrito, son testigos los varones más prudentes y sabios que trataron á este grande Prelado en la Nueva España.

CAPITULO XXI.

DE LAS EXEQUIAS, ENTIERRO Y DEPÓSITO QUE SE HIZO

DEL CUERPO DEL ILMO. SR. D. ALONSO DE LA MOTA Y ESCOBAR,
EN EL COLEGIO QUE FUNDÓ EN LA CIUDAD DE LOS ANGELES,
Y FRUTOS QUE DE ÉL SE HAN SEGUIDO.

Luego que las campanas de la Catedral hicieron seña de la muerte y tránsito de su Obispo que tanto había amado y venerado, y cuando ya el cuerpo embalsamado y vestido de Pontifical, se colocó en la sala vestida de lutos, que aun antes de morir (como dijimos) estaba preparada, fué tal el concurso de gente de todos estados, españoles é indios y negros, hombres y mujeres, que venían á ver y venerar el cuerpo de su Pastor y Padre, que ni de noche ni de día se desembarazaba la casa. Y no sólo era el concurso de gente de la ciudad, sino de otras que ya dijimos que tiene en su contorno la de los Angeles, como son: Tlaxcala, Huejotzingo y Tepeaca. Traían infinidad de criaturas, y tenía por desgraciado el que no llegaba á besar la mano, lo cual hacían los niños sin el temor que suelen tener á los difuntos, y solían tener (como notaban los presentes) cuando en actos de confirmaciones los llevaban á que recibieran ese sacramento; el día siguiente, desde las seis de la mañana acudieron todas las religiones por sus antigüedades (habiendo la tarde antes cantado todo el oficio de difuntos) á celebrar sus Misas cantadas, y las rezadas fueron tantas, que no se desembarazaban seis altares que para ellas estaban prevenidos en la sala episcopal, dándoseles su pitanza á todos los que la querían recibir, y todos acudían con grande voluntad, así clérigos como religiosos, por la grande voluntad que habían tenido á este Príncipe; y lo mismo fué los tres días siguientes, en que siempre asistieron los de la Compañía, sin faltar continuamente otro concurso de gente.

El día del entierro, á las ocho de la mañana vino el Cabildo de la Catedral con notable autoridad y acompañamiento y clero de la ciudad, habiendo llegado donde estaba el cuerpo, y dicho un responso á canto de órgano, los Prebendados lo levantaron en sus hombros y lo llevaron en procesión con todas las religiones á su Catedral. Habiéndole colocado en el grande túmulo que le tenían preparado, se siguió luego la Misa de cuerpo presente con grande solemnidad y concurso de pueblo y Cabildo de la ciudad; acabada la Misa predicó un doctísimo y ejemplar sermón el P. Andrés de Valencia, lector por muchos años de la cátedra de Prima de Teología y con quien el señor Obispo había comunicado su conciencia y tuvo estrecha amistad, y pudo hablar de sus singulares virtudes con mucha seguridad. Quedóse el cuerpo por enterrar hasta la tarde, por una oración fúnebre latina que en ella se había de recitar. Porque tanto los Prebendados como los de nuestra Compañía habían hecho tan grande estimación de este insigne Prelado, que no perdonaban acción alguna con que estas exequias tan debidas se pudiesen celebrar dignamente. Y antes que lleguemos